

LA PROSA DE JAIMES FREYRE

Edición: Omar Rocha Velasco



Prosa Boliviana 2 • Tomo II



LA PROSA DE
RICARDO JAIMES FREYRE

TOMO II



**La prosa de
Ricardo Jaimes Freyre**



Omar Rocha Velasco, (Editor)
La prosa de Ricardo Jaimes Freyre (TOMO II).- La Paz: Carrera
de Literatura; Instituto de Investigaciones Literarias; Instituto de
Estudios Bolivianos - UMSA; 2016.
294 p.; 14 x 22 cm.

Foto de tapa: “Ricardo Jaimes Freyre. El óleo pintado por Honorio Mossi retrató al poeta en sus años tucumanos, que recordaría siempre como los más felices”. “El gran poeta que vivió en Tucumán”, Carlos Páez de la Torre (*La Gaceta*, Domingo 07 de Julio 2013) [<http://www.lagaceta.com.ar/nota/551495/sociedad/gran-poeta-vivio-tucuman.html>]

Edición general: Omar Rocha Velasco

D.L.: D.L.: 4-1-44-16 P.O.
ISBN: 978-99974-56-56-4

CARRERA DE LITERATURA
Av. 6 de agosto N° 2080
Telfs: 244 0566
La Paz - Bolivia
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES LITERARIAS - IIL
Casa Marcelo Quiroga Santa Cruz
Av. 6 de agosto N° 2118
La Paz - Bolivia
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS

INSTITUTO DE ESTUDIOS BOLIVIANOS - IEB
Av. 6 de agosto N° 2080
Telfs: 244 1602 - Fax: 591 2 244 0577
La Paz - Bolivia
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS

© 2016 Carrera de Literatura
© 2016 Instituto de Estudios Bolivianos

Toda reproducción de partes del presente volumen
se hará citando la fuente y comunicando al editor.

Impreso en Bolivia – Printed in Bolivia

Índice del Tomo II

<i>Introducción al Tomo II</i> , Omar Rocha Velasco	9
Modernismo, viaje, crónica en Ricardo Jaimes Freyre Ana Rebeca Prada	19
Algunas ideas a propósito del arte en Ricardo Jaimes Freyre Freddy R. Vargas M.	53
Las reflexiones de Ricardo Jaimes Freyre en torno al teatro moderno Susane Centellas	71
Adán en los Andes o la búsqueda de una lengua perfecta Mauricio Souza Crespo	97
<i>Ecos, Hechos e Ideas:</i> otros lugares de la escritura de Jaimes Freyre Milenka Torrico Camacho	109
El joven Jaimes, un análisis de la prosa temprana de Ricardo Jaimes Freyre Bernardo Paz Gonzales	135
Ricardo Jaimes Freyre y la <i>Revista de América</i> Omar Rocha Velasco	157
Ricardo y sus lectores Antonio Vera Jordán	175
<i>Los jardines de Academo</i>, la presunta novela Marcelo Villena Alvarado	193
El aporte de Ricardo Jaimes Freyre a los estudios clásicos en Tucumán María Claudia Ale	201
Jaimes Freyre en Tucumán: la <i>Revista de Letras y Ciencias Sociales</i> (1904-1907) Soledad Martínez Zuccardi	211
Materia dura: Tierra roja Raúl Antelo	233
Lecturas sincrónicas: Cruz e Sousa en Jaimes Freyre Raúl Antelo	243
Entre faunos modernistas, la estética pánica de Ricardo Jaimes Freyre Juan Manuel Fernández	257
Prólogo a <i>Castalia Bárbara</i> Leopoldo Lugones	281

Modernismo, viaje, crónica en Ricardo Jaimes Freyre

Ana Rebeca Prada

Las barcas de los pescadores, despojadas ya de sus atavíos, escondían sus quillas en la arena, y en las rocas que dominan el vasto y desierto océano, encontré la soledad. Llegaban, apenas, hasta mí, los ecos de las ruidosas alegrías de los hombres del mar; la clara y fría luz de la luna blanqueaba y bruñía las aguas; las siluetas, tristes y desmesuradas de los cerros, recortaban caprichosamente el azul del firmamento, las ramas se agitaban con largo y lento murmullo; se deslizaban a mis pies las hojas secas, arrastradas por la brisa; acre perfume marino llenaba la atmósfera y una cinta argentada coronaba las ondas ondulantes, que al chocar entre sí formaban fugaces torbellinos de nieve desmenuzada.

Y era la poesía.

Jaimes Freyre, “Río de Janeiro”

Entrada: viaje, escritura

Se ha estudiado apenas la presencia de la crónica en la obra de Jaimes Freyre. De hecho, el único crítico que elabora una lectura de una de las crónicas brasileñas es Raúl Antelo, profesor argentino de la Universidade Federal de Santa Catarina, en el artículo “Materia dura: Tierra roja”.¹ Está, claro, la mención de Emilio Carilla: “En la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* Jaimes Freyre publicó varios capítulos de un posible libro de viajes. Describe en esas páginas sus impresiones acerca del Brasil. Sin duda, pensaba reunir los capítulos en un volumen...”. (1962: 141) En todo caso, la crítica boliviana no ha registrado la existencia de

¹ Originalmente publicado en *Transgressão & Modernidade*. Ponta Grossa, Editora UEPG, 2001. Pp. 69-76 (Ver en este tomo la página 233).

este género en la obra del poeta, y es porque en gran medida no ha registrado los materiales que Jaimes Freyre publicó en la mencionada revista tucumana que él mismo fundó con Juan B. Terán y Julio López Mañán.

Dos elementos son importantes en la consideración de la crónica de viajes de Jaimes Freyre, género tan característico del modernismo. Primero, que a diferencia de sus colegas (digamos, Martí, Darío y Gutiérrez Nájera), Jaimes Freyre lo cultivó muy poco. Segundo, que el alcance de sus viajes es muy diverso, concentrándose en un mapa que incluye, sobre todo, Perú, Bolivia, Argentina y Brasil, pero extendiéndose a EEUU, a Chile, a Europa –destino este último privilegiado de los itinerarios de muchos modernistas. Lo curioso es que no escribió sobre la mayoría de estos destinos, siendo particularmente sorprendente que no escribiera sobre sus viajes a Europa. Salvo por un relato publicado en 1922 “Roma”²– que parece corresponder a una visita que hiciera entre 1910 y 1913 a Italia, y que pudiera ser leído como una crónica armada como ficción y publicada mucho después de los hechos.³ Un tercer elemento, entonces: habría convertido en materia ficcional lo que otros modernistas hubieran concebido rápida y normalmente en el formato de la crónica.

Conocemos algunos detalles de sus dos viajes a Europa por un anecdotario que su hermano Raúl publicó mucho después de la muerte del poeta (acaecida en 1933): nos referimos a una joya bibliográfica titulada *Anecdotario de Ricardo Jaimes Freyre*, de Raúl Jaimes Freyre, publicada a 20 años de la muerte del poeta, en 1953.

El suyo fue un viaje –genéricamente hablando– sui generis para el modelo de viaje de los otros poetas de su tiempo: un viaje que incluye de manera importante la provincia, en fuerte

² En la página 69 del Tomo I.

³ Invitamos a los lectores a ver la detallada cronología que ha establecido Mauricio Souza Crespo para el transcurso vital de Jaimes Freyre (*RJF. Obra poética y narrativa*, Plural, 2005). Esa información sirve de importante marco a las elaboraciones de este ensayo en particular: fue desde su niñez y por diversas circunstancias un gran viajero.

contraste con el imaginario (y experiencia) modernista que fue eminentemente cosmopolita. Así, si los modernistas tuvieron la tendencia de dirigirse a las grandes metrópolis latinoamericanas y europeas, Jaimes Freyre escogió de manera preferente las ciudades periféricas, aunque se conoce su importante estancia en Buenos Aires, en la que hizo amistad con Rubén Darío y fundó con él *La Revista de América*. Ya Blanca Wiethüchter ha trabajado algo sobre esta diferencia del poeta en su *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*. (2002) A Jaimes Freyre no lo llamó tanto el registro de sus viajes –como ocurriera con los modernistas ya citados–, tal vez porque su actividad central era la poesía, la docencia y la investigación, y no el periodismo, que, sabemos, instó a las mejores plumas de la época a registrar para diversos periódicos y revistas sus desplazamientos y experiencias. Esta es probablemente una motivación mayor: fue Jaimes Freyre más poeta, profesor e investigador, detentor de funciones públicas, y no así corresponsal. Colaboró activamente con periódicos y revistas (con la propia, de hecho, la *Revista de Letras y Ciencia Sociales*), pero claramente no se trata de la colaboración que en otros casos tenía muy centralmente que ver con la crónica, y con la crónica muy específicamente vinculada al viaje.⁴

Wiethüchter, encontrando similitudes entre Jaimes Freyre y Jaime Saenz (pies de lo que ella llama el Arco de la Modernidad en la *Historia crítica*), establece que ambos “desplazan el lugar de la escritura hacia una interioridad”:

Y, en contra de lo que podía pensarse de un modernista clásico, Jaimes Freyre elige la provincia para vivir: alejado de las “civilizaciones angustiadas y apresuradas”, se marcha a Tucumán (Darío denominaba cosmópolis a Buenos Aires y la ciudad era imaginada como el lugar para ser profundamente moderno [...]). Esta elección del margen, del “rincón”, no sólo manifiesta el rechazo a la época que les había tocado vivir, sino que se rea-

⁴ Carilla dice: “En Tucumán fue, de manera total, el catedrático, el maestro (y son veinte años largos), dentro de una vida familiar sin nubes; después de 1920, en años de vigoroso luchar, el político y el diplomático al servicio de su patria. Pero si fue diplomático (y aquí tomó una línea iniciada mucho años atrás) no lo fue –como lo fue, por ejemplo, Rubén Darío– como pretexto que le permitiera una obra literaria sin contratiempos económicos, sino para actuar en defensa de los intereses de Bolivia y de algunas ideas caras de Jaimes Freyre”. (1962: 162)

liza como una especie de elevación sobre ese presente convulso que les permitía hacerse de una palabra propia. Esta marginalidad que crea, sin dudas, un lugar íntimo no debe ser comprendida como una evasión de su presente, sino como un espacio desde el cual podían, protegidos, confrontar, interrogar, escribir su tiempo a través de un lúcido ejercicio crítico exaltado por la pasión de la palabra. (Tomo I 2002: 81)

Encuentra Wiethüchter, sobre todo contrastando la experiencia de Jaimes Freyre con la de Darío, una

distancia con la que [el primero] se situaba respecto de la “onda modernista”: su rechazo a una vida volcada a la ciudadanía del mundo, al cosmopolitismo, afiliándose más bien, románticamente, diría yo, a esa asombrosa decisión para un moderno, de habitar una pequeña ciudad en la provincia, como lo era Tucumán en ese entonces y ahora. Ahí su residencia lo destina al profesorado y a la investigación histórica. (*Ibid.*: 198)

Ahora bien, el viaje, ya sabemos, no sólo es el desplazamiento en *extensión*, sino también en *intensidad* –por decirlo de alguna manera–. Wiethüchter insiste en que –siempre a diferencia de Darío– Jaimes Freyre “viajó” de otras maneras; digamos, “hacia adentro”. O que “no necesitó” viajar en extensión cuando había en él tanta intensidad interna. En fin, hay que considerar esto para establecer hasta qué punto sus periplos se distanciaron realmente del viaje de sus congéneres y colegas. Porque, finalmente, vivió, sí, en Tucumán, 19 años; pero también viajó a Europa, como hemos mencionado; fue diplomático en Washington DC y en Brasil; viajó a Lima y Santiago en misiones diplomáticas y políticas; viajó a Buenos Aires varias veces y vivió –y murió– allí. En fin.

En una carta le escribe Jaimes Freyre a Darío: “¿Sabe usted por cierto que estoy aquí en este rincón del mundo, linda y próspera ciudad, donde llevo traza de echar raíces, como un antiguo fauno que se vegetalizara?” (Carilla 1962: 66). Ninguna frase podría resumir mejor cómo el poeta asumía su residencia *lejos del mundo cosmopolita*. Ese “rincón” tiene que ver con la decisión de no optar por la residencia porteña (por la que a todas luces podría haber optado); tiene que ver con una “renuncia”: “Elegir Tucumán –dice Wiethüchter– es elegir el margen; la intimidad en

lugar del ritmo cosmopolita que le ofrecía la capital argentina; los jazmines y los lapachos en lugar de los automóviles”. (Tomo II 2002: 199)⁵

En 1921 deja Tucumán para volver a Bolivia —escribe Raúl Rolando Hill—. Nunca olvidó esta etapa de su vida. Sin embargo, daba la impresión que eligió esta tierra para huir de la fama. Le confesaba a Terán que “impiden mi éxito y mi acción dos cosas: la inteligencia y la pereza, aún como hombre de letras. Nunca he distribuido mis libros; no contesto jamás correspondencia literaria. Darío tiene pereza pero no indiferencia, Lugones no tiene ninguna de ambas”. (2010: s/p)

Su amigo Juan Terán, luego de la solitaria muerte del poeta, escribe:

[M]e daba cuenta que en aquella renuncia a la fama había una confesión, quizás una conversión. Se preguntaba si no sería que, como a Alfred de Vigny, lo llevó al retiro la convicción de que rodearlo de un gran silencio era el mejor homenaje que podía hacerse a la dignidad de su propio espíritu. O era desdén, era sabiduría. Y, se contestaba, que era de todo un poco. Para él, la cruzada de su juventud constituyó una aventura como sagrada. Y, al modo de un trovador medieval, vivió en la contemplación de la princesa lejana que se ama una sola vez y para siempre. Había confesado que nunca fue tan feliz como en Tucumán. Es que los hombres inactuales buscan las pequeñas ciudades porque las grandes están demasiado impregnadas de presente... (...) Desinteresado, desamorado de la fama, resuelto a vivir por encima de las cosas vulgares, para adherirlo a la vida con la adoración de la forma, el amor y la amistad romántica. (Hill 2010: s/p)

Los viajes a Europa, en 1910 y 1913, que son principalmente a España, al Archivo de Indias, son viajes de trabajo, encomendados por el Gobierno de Tucumán. No hay motivo de viaje que aparte más a Jaimes Freyre de Martí, Gómez Carrillo y Darío: ellos viajarán por exilio, en el caso de Martí, y por correspondencias y diplomacia (y, hay que decirlo, por el gran gusto por el viaje) en el caso de Gómez Carrillo y Darío. Jaimes Freyre es enviado a

⁵ Carilla habla de un hombre de familia, tranquilo, nada bohemio: “Jaimes Freyre era hombre de vida regular y no hombre de bohemia, en una época en que la condición de hombres de letras (y sobre todo del ‘modernista’, o ‘decadente’, o ‘esteticista’, como entonces le llamaban a los compañeros de escuela de Jaimes Freyre) apenas se concebía fuera de ese ambiente. A lo más, aceptamos que la breve época de bohemia de Jaimes Freyre se marca en el Buenos Aires finisecular”. (1962: 161)

hacer trabajo de archivo, es enviado en tanto profesor e investigador. Aparte de recopilar materiales para el Archivo Histórico de la Provincia de Tucumán, recoge materiales para su propia labor escritural. En el primer viaje (que inicia en 1910 y se prolonga hasta 1911), sale de España y visita también Francia e Italia. A decir de Mauricio Souza, varios poemas de su libro *Los sueños son vida* (1917) fueron escritos en esta travesía. (2005: 455) En 1913, a los 47 años, viaja nuevamente a Europa. En lugar de escribir la crónica que en otros hubiera sido lo regular, Jaimes Freyre produce varios tomos de la historia de la provincia de Tucumán y no escribe sobre el viaje de placer que vino después del viaje de trabajo.

No era el modernista en busca de la capital experiencia parisina y europea. Y, es más, mientras recorría algunos de estos destinos, no iba registrando su experiencia, sino escribiendo poesía. Su actividad central no era empaparse de la modernidad, de la velocidad, de las nuevas tecnologías, de las novedades, sino visitar los sitios usuales y elaborar su segundo gran libro de poemas.

Ya al final de su residencia tucumana, es designado por el gobierno boliviano Ministro Plenipotenciario de Bolivia en Chile; acepta y confía en estar de vuelta en Tucumán no mucho después, pero ya no volverá. Souza lo cita escribiendo a su hermano Raúl: “Sigo siendo, por desgracia, el globo cautivo. Puedo elevarme un poco en el espacio pero hay cuerdas que me sujetan a la tierra”. (2005: 458)

En 1923 es nombrado Ministro Plenipotenciario en Washington DC. En 1924 le escribe a su hermano Raúl acerca de la capital norteamericana: “Es una de las ciudades más hermosas del mundo; todo lo contrario de las demás de este país inmenso y agitado, donde la belleza es asunto de tercer orden, siempre pospuesto”. (*Ibid.*: 459) ¿No es extraño que no escribiera –así no fueran unas cuantas líneas– sobre ‘una de las ciudades más hermosas del mundo’? En 1926 escribe: “Yo estoy eternizándome en Washington. Nunca hubiera creído pasar años y años en esta tierra, donde me aburro soberanamente”. (*Ibid.*) ¿Lo visita una nostalgia por su “rincón”, por sus papeles y por sus actividades académicas, editoriales, poéticas? Páez de la Torre, historiador tucumano, escribe: “Entre nosotros se sentía a sus anchas: ‘nunca fui más feliz que en Tucumán’, declaró una vez”. (2013: s/p)

Una imagen final de su aislamiento en Buenos Aires, aparte de dolorosa, habla de ese alejamiento y rechazo a la fama:

Un testimonio de arrepentido suministra Gálvez. Dice que “al pasar yo todas las tardes por la calle Florida, infaliblemente veía a Jaimes Freyre solo, junto a la puerta de entrada de Gath y Chaves. Jamás lo vi con nadie. Nos saludábamos a la distancia. Me impresionó tanto su aislamiento (...) tanto dolor me causaba ver, en una esquina y solitario, al gran poeta de *Castalia Bárbara* que, en mi corazón, no me atrevía a acercármele. Hoy lamento enormemente no haberlo hecho”. (Páez de la Torre 2013: s/p)

En cuanto a la escritura del viaje en términos de crónica, como decíamos, existen en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* algunos escritos sobre viajes, sobre todo al Brasil, donde Jaimes Freyre fue diplomático. Se trata de cuatro crónicas: “Río de Janeiro”, “San Paulo”, “La isla de las serpientes. Dirceu” y “Minas”.⁶ Publicadas en la revista mencionada, que él co-fundó y dirigió, llevaban todas una nota al final: “libro de viajes, próximo a aparecer”. Dicho libro nunca se publicó. Es decir, además de no darle mucha importancia a registrar sus periplos y desplazamientos, tampoco le dio mucha importancia a terminar el proyecto de lo que hubiera sido su único libro de crónicas.⁷

Llevan las cuatro crónicas el título general de “Aspectos del Brasil”. Mucho antes, Jaimes Freyre había publicado en *El Álbum*, de Sucre —revista dirigida por su madre, Carolina Freyre de Jaimes—, una corta crónica de un viaje realizado en su juventud a Potosí;⁸ este escrito también pertenece al género. Así, de las cuatro crónicas brasileñas, de la crónica potosina y del relato “Roma” es que consta su ejercicio de tan fundamental género del modernismo.⁹

⁶ En las páginas 33, 43, 53 y 63 del Tomo I.

⁷ Pensemos en la enorme cantidad de libros de crónicas (muchos de ellos de viajes y sobre viajes) del “príncipe de la crónica”, Gómez Carrillo, y en los muchos libros de crónicas de Darío, armados a partir de crónicas que se iban enviando a periódicos y revistas y que luego se recogían en colecciones según temas.

⁸ En la página 29 del Tomo I.

⁹ Y habrá que ver hasta qué punto “Roma” no debería, más bien, entrar a formar parte de sus cuentos, no de sus crónicas. Se trata de un híbrido que comentaremos más adelante. Por otro lado, obviamente debemos quedar atentos a otros hallazgos que se puedan hacer al respecto, en periódicos y revistas que lo publicaron.

Entre 1896 y 1898, Jaimes Freyre fue nombrado Secretario de la Legación de Bolivia en el Brasil. A decir de Mauricio Souza, “[vive] allí todo el 97 y 98, que son los años de redacción de buena parte de los poemas de su primer libro, *Castalia Bárbara*”. (2005: 451) Envía desde Petrópolis –ciudad de las legaciones diplomáticas de la época– a revistas de Venezuela y Uruguay algunos poemas. Souza cita al poeta diciéndole a su hermano Raúl Jaimes Freyre: “Mi *Castalia* se hizo en las melancolías de mi vida en Petrópolis; mis otros libros en los días de continua ocupación y trabajo en Tucumán”. (*Ibid.*) Residió en Tucumán de 1901 a 1920.

Es fácil situar temporalmente estos escritos sobre el Brasil mientras era funcionario de la legación diplomática boliviana, pues en “Aspectos del Brasil. La Isla de las Serpientes, Dirceu [Petrópolis]” dice: “En ninguna parte del Brasil, acaso, como en Petrópolis, consérvese vivo el recuerdo del último soberano; bien es verdad que necesitaríase memoria frágil con exceso para olvidarlo cuando no ha transcurrido aún una decena de años desde su caída” (Tomo I: 61 *RLCS* Núm. 30, 1907). Sabemos que Pedro II, monarca del Brasil, dejó el trono el 15 de noviembre de 1889, luego de 58 años de gobierno. Claramente, habría escrito “Aspectos del Brasil” en su estadía brasileña entre 1897 y 1898.

Un cosmopolitismo particular

Ser cosmopolita significa ser versátil, ser una suerte de interlocutor absoluto, poder comunicarse con todos (con los iguales, con los diferentes, con los saberes particularizados y especializados pero también con la doxa) desde un espacio de enunciación que quería abarcarlo todo y que se constituía como lugar de poder. Darío fue un cosmopolita extremo. Y lo fue gracias a su capacidad para moverse en diferentes aguas en su intento de abarcar esa totalidad que se presentaba como mundo moderno.

Graciela Montaldo, *Rubén Darío. Viajes de un cosmopolita extremo*

Augusto Céspedes aseguró, en los años 50, que la calificación de “menor” y de “menos recordado” de Ricardo Jaimes Freyre respecto de la famosa trica modernista –que lo incluía junto a Rubén Darío y a Lugones– tiene que ver con que no escribía tan profusamente como Darío, siendo que la cantidad no es desde-

ñable en tanto “contribuye a la presentación arquitectónica de todo lo grande”; (Raúl Jaimes Freyre 1953: 135) con que no fue caudillo como lo fue Darío; y, finalmente, con que “careció del intelecto múltiple de Lugones, seguramente el menos poeta de los tres” (*Ibid.*) –habiendo sido el argentino “sociólogo, historiador y pensador”–. Jaimes Freyre sería “menor” respecto de los otros dos y “menos recordado” porque “era pura, estricta y exclusivamente un poeta. Por el genio, un poeta”. (*Ibid.*) Hay que aclarar, sin embargo, que Jaimes Freyre sí fue un “intelecto múltiple”, en tanto no sólo escribió poesía, sino también otros géneros literarios, e historia.¹⁰

Costa du Rels comenta que la residencia tucumana fue provocada por necesidad económica, suponiendo las penurias del trabajo de “profesor provinciano, supeditada a horarios fijos, a reglamentos, rivalidades y envidias”, decidida a la luz de la derrota del partido republicano en Bolivia (*Anecdótico* 1953: 137). En todo caso, una estancia de 20 años pudo iniciarse por necesidad económica, pero la duración obviamente tiene que ver con una decisión voluntaria. En resumen: como todos los modernistas, tuvo que buscarse la vida, pero, está claro, pudo haberlo hecho después de un tiempo en un radio geográfico mayor y a través del Atlántico, como fue el caso de muchos otros.

De hecho, el relato “Roma”, que vamos a integrar –así no sea marginalmente– al pequeño corpus de sus crónicas de viaje, es publicado en 1922, 10 años después de su visita a Roma (un poco como ocurrió con la publicación de las crónicas brasileñas, varios años después de sus paseos por Brasil como diplomático).

Jaimes Freyre no vivió sino 10 años de su vida en Bolivia y adoptó la nacionalidad argentina, pero está claro que se consideraba boliviano. Su identificación con Bolivia, origen de una familia chuquisaqueña antigua, los Jaimes, de cuya prosapia se sentía tan orgulloso –como de la familia tacneña de su madre– refiere, sin embargo, indefectiblemente, a Potosí. Dice Souza:

¹⁰ Precisamente, se busca con la presente investigación ir a contrapelo de esa idea fija: la de Jaimes Freyre como estricta y únicamente poeta. Fue e hizo muchas otras cosas, estableciendo a lo largo de su trayecto vital e intelectual actividades y producciones, que lo diferencian no sólo de los poetas citados, sino de muchos otros modernistas.

El nomadismo de Jaimes Freyre, como tantos, traza sus desplazamientos alrededor de un centro imaginario, un origen, un punto de partida: Potosí. Este Potosí es más bien uno que ya no existe, el colonial. Aunque no hay que desdeñar su alcance efectivo, que se identifica con el área de influencia histórica del llamado “mercado potosino”. Tacna y Tucumán, momentos de su peregrinación, son dos instancias, dos lugares, articulados a ese alcance. Su nomadismo está, además, anclado a Potosí porque éste es el “origen” de un linaje: los Jaimes, esa sangre que alimenta, en la comprensión de sí mismo, una nostálgica filiación señorial, es decir, confundida con un escudo de armas, una casa solariega y una provincia (Sud-Chichas). (2005: 43-44)

Es importante en este punto citar un fragmento de la carta que le enviara el poeta a su hermano Raúl en noviembre de 1919:

Tienes en tu favor la circunstancia de vivir en nuestra tierra, nuestra verdadera tierra, donde (creo habértelo dicho otra vez) han vivido veinte generaciones de Jaimes, grandes y chicos, escritores, soldados, políticos, obreros, *ckoya-runas*, todo desde los terribles aventureros de la Conquista... (...) ¡No puedes imaginar cómo me llama Potosí, desde las tapias de su cementerio! ¡Me parece que declinando ya mi vida, los gérmenes ancestrales se agitan dentro de mí y me hablan sordamente de caminos equivocados y de vidas truncadas! Estas no son retóricas ni fantasías. Es una inquietud permanente. Una especie de bovarismo, como empezaban a llamar los franceses a la idea de haber errado la senda, y a la nostalgia del camino que no se ha seguido; de la vida que no se ha vivido, por seguir otra vida. De todo lo pasado lo que más me agita, desconcierta y aflige es tener que decir: Lima, Potosí, Buenos Aires, Río de Janeiro, Tucumán, La Paz... en vez de decir una sola, ahora y siempre. Lista escribía: *Feliz el que nunca ha visto/Más río que el de su patria,/Y duerme, anciano, a la sombra/Do pequeñuelo jugaba*. En estas civilizaciones angustiosas y apresuradas, nada hay que sea consolador ni cordial. Buenas para las que en ellas nacieron, como es bueno el fuego para la salamandra y el charco para la rana. (*Anecdótico* 1953: 157-158)

Wiethüchter establece que:

[N]ació en Tacna, lejos de lo que el poeta consideraría su lugar de origen: Potosí, ciudad en la que finalmente nunca residió sino de pasada [...]. Aun así, de la Villa Imperial mantuvo un recuerdo tal vez más vivo del que hubiese conservado habiendo pasado su infancia ahí. Potosí fue en Jaimes Freyre un lugar del deseo y su don para con la ciudad fueron sus cenizas. Nunca llegó a ser

el lugar real de residencia a pesar de ser para el poeta la ciudad entrañable. (Tomo II 2002: 194)

Esto plantea algo muy “extremo” —a contrapelo de lo que dice Montaldo de Darío—: su verdadera nostalgia era la de residir allí donde situaba su identidad primera y profunda. No tenía la nostalgia del viaje allá, lejos, sino *aquí, incluso más adentro que Tucumán*. Nostalgia del viaje a un Potosí y a una residencia contruidos imaginariamente como lo verdaderamente feliz. Ya en su juvenil “Tres días en Potosí”¹¹ construye el espesor que tendrá siempre esta nostalgia:

Yo he recorrido con íntima tristeza las callejuelas de la noble Villa Imperial y en medio de esas vías que la industria moderna hace concurridas y animadas, he resucitado dentro de mí todo el mundo de recuerdos.

Aquellas rejas de espesos y torneados barrotes, destacándose de monumentales muros, en que la arquitectura más caprichosa mezclaba a placer grifos, leones y ángeles, columnas salomónicas y columnas en espiral, me han traído involuntariamente a la memoria un galán embozado en luenga capa, cubierto con negro sombrero en que la pluma agitada por el viento denotaba la nobleza de su dueño, diciendo amores a una de aquellas hechiceras criollas, incesantemente vigiladas por la severidad de una época en que el honor se reverenciaba al par de la divinidad. (Tomo I: 30)

Así, cuando consideramos sus escritos de viaje, “Tres días en Potosí”, remite a algo central en el escritor: el origen, la identidad, el abolengo. Nos acercamos de este modo a una construcción de sí estructurada desde el señorío de antiguas familias y raíces en el espacio colonial. “Tres días en Potosí”, escrito por un joven Jaimes Freyre el año 1889, es muy anterior a su viaje a Brasil y a su trabajo en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Pero es, hay que anotar lo claramente, el resultado de una visita a Potosí, el comentario sobre la experiencia de viaje.

Su percepción de la Villa en este escrito tiene que ver, sobre todo, con la reminiscencia de la grandeza pasada, y el referente cultural al que la remite el autor es España: “Potosí es la Toledo

¹¹ En la página 29 del Tomo I.

de Bolivia”. La ciudad contemporánea a él es vista como una superficie que guarda aún las marcas del magnífico pasado; como lugar de reminiscencias claramente grato al historiador, al viajero y al poeta, a los “espíritus soñadores”. La ciudad que recorre el cronista se le presenta “regular y elegante”, “noble, sencilla y hospitalaria”, resistiéndose a dejar de ser reliquia de pasado extraordinario.

Darío, Gómez Carrillo, Jaimes Freyre

Nada más distinto que Jaimes Freyre de su querido amigo Rubén Darío y del guatemalteco, que nunca conoció, Gómez Carrillo, pero con cuya escritura estaba familiarizado desde la *Revista de América*, en la que aquel colaboró.

Tal vez la diferencia de Jaimes Freyre está ya de algún modo marcada en las colaboraciones de los tres escritores en el primer número de aquella revista. Mientras Gómez Carrillo se ocupa de la poesía francesa última, que él ha podido leer en París, y Rubén Darío de Gabriele D’Annunzio (en el primero y segundo números), escritor contemporáneo a ellos, exponente capital de la literatura decadentista, Jaimes Freyre publica un tratado sobre “poesía legendaria” medieval en el que enfoca en la figura de Carlomagno. En segundo número publica “Mosaicos bizantinos. Zoe”, cuya historia se desarrolla, precisamente, en la antigua ciudad de Bizancio; comenta, además, la traducción de la *Divina Comedia* realizada por Bartolomé Mitre. En el tercer y último número, Jaimes Freyre incluye su “Castalia bárbara”, poema que luego, en 1899, dará nombre a su famoso libro, constituyéndose en una de las cumbres de la poesía latinoamericana de la época: “una de las mejores y más brillantes muestras de nuestros esfuerzos de renovadores”, diría Darío. (Jaimes Freyre 1953: 79)

En el tercer y último número, es cierto, Jaimes Freyre publica una traducción suya del francés del prólogo que Emanuel Signoret publicó con los doce poemas de su *Daphné*, que remite a esa náyade de la mitología griega, deseada por Apolo y finalmente convertida en árbol de laurel... De Signoret, el poeta boliviano dice que es “uno de los jóvenes astros de la nueva y brillante

constelación de poetas franceses, que serán, a pesar de Monsieur Doumie, los grandes del próximo siglo”. (*Revista de América*, Núm. 3: 54) Jaimes Freyre conoce perfectamente el francés (como todo intelectual, como todo hombre culto de la época) y sabe de la nueva poesía francesa (es la literatura que se lee con mayor entusiasmo). A diferencia de Gómez Carrillo y de Darío, sin embargo, no le es central ni se apura a viajar a Francia (sí lo hace, como paseo luego de su trabajo en archivos). No escribe profusamente sobre los franceses ni tampoco se inscribe en el género de la crónica con el entusiasmo y la prodigalidad con que lo hicieron los otros dos.

Entre el año de la publicación de la *Revista de América*, 1894, y la publicación de *Castalia Bárbara*, 1899, está el viaje a Brasil, en cuya capital de la diplomacia, Petrópolis, vivió durante 1897 y 1898. En ella escribió gran parte de su *Castalia* y tomó las notas o realizó la escritura de sus crónicas sobre Sao Paulo, Río de Janeiro, Minas, Isla de las Serpientes y Petrópolis. Estas piezas serían lo más cercano que hemos encontrado a la crónica de viaje modernista. Lo más cercano, decimos, porque en realidad Jaimes Freyre no escribió crónica de novedades, encargada y contratada por un periódico o una revista, sobre temas de actualidad, sobre sensaciones del ritmo de los tiempos que le eran contemporáneos, atento al fragor de las últimas publicaciones, de la moda, del último evento en París, de las más recientes noticias sobre el teatro, los cabarets, la desordenada vida de actrices y divas (como hizo profusamente Gómez Carrillo).

Para Jaimes Freyre, la crónica de su tiempo no era una prioridad: fue, sí, gran lector de la literatura y otros géneros de su contemporaneidad y reseñó en la revista que dirigía muchos libros y artículos de literatura, historia, política y otros. Su vinculación con el mundo, podría decirse, se daba en gran medida a través de revistas, periódicos y libros que leía en Tucumán. Encontramos múltiples escritos de este corte en su *Revista de Letras y Ciencias Sociales*: una reseña de bibliografía francesa reciente sobre Blas Pascal; comentario sobre la intervención británica en el Tíbet; sobre la representación de tragedias francesas de asunto helénico en ruinas romanas en Provenza; sobre las Olimpiadas, celebradas esta vez en

“el gran país yankee”; en fin. Varias de estas notas remiten a reseñas y artículos de revistas y periódicos extranjeros; Jaimes Freyre resumía, relataba lo reseñado o comentado, agregando comentarios propios: es el caso de su comentario sobre los criterios de Tolstoi sobre Shakespeare, a partir de una reseña leída en *Revue Politique et Littéraire* de la época.¹² Se trata, pues, de una traducción y de la reseña de una reseña. Las reseñas y comentarios, que a momentos son verdaderos ensayos críticos (como puede comprobarse en la sección *Ensayos literarios* del Tomo I; también en *Notas varias*), están las más de las veces integrados por apartados eruditos y por signos de un gran conocimiento de las letras y la cultura europea (tanto las del presente como las del pasado), sobre todo de Francia. Es ésta, pues, la forma en que Jaimes Freyre “viajó a Europa” –también y ¿sobre todo?–: leyéndola y escribiendo a partir de esas lecturas.

Jaimes Freyre, a decir de las notas que incluye al final de las crónicas brasileñas, estaba construyendo un libro de viajes, “próximo a aparecer”. Nunca apareció. No sabemos bien qué ocurrió, pero, claramente, el poeta no vivía la dinámica laboral y experiencial que sí vivieron en algún momento Martí, Darío, Gómez Carrillo y otros: las de las revistas y los periódicos con los que colaboraban y que les pagaban por ello, mientras viajaban o visitaban tal o cual lugar. Más bien, Jaimes Freyre se comprometió a la organización del Archivo de Tucumán (Carilla 1962: 61) y a la confección de los cinco libros sobre la historia de Tucumán, entre 1909 y 1916. Ya vimos que el gobernador de Tucumán financió un viaje al Archivo de Indias en Sevilla y al Archivo de Simancas, en 1910 y en 1913. Eran, pues, otras las ocupaciones y las actividades del poeta. No deja de colaborar con revistas y periódicos, pero no es esta colaboración fuente de sustento. Lo dice Carilla claramente:

La base económica sobre la cual Jaimes Freyre apoyó la subsistencia fue la cátedra. Cátedras de literatura y de filosofía en el Colegio Nacional, que mantuvo durante sus veinte años de Tucumán, a las que agregó, más tarde, otras en la Escuela Normal, junto a algunos cursos libres de la Universidad. (1962: 59)

¹² En la página 139 del Tomo I.

Puede ser que el libro de viajes fuera interrumpido finalmente por estas otras ocupaciones. Quizá no lo terminó porque se concentró en la enseñanza, en la escritura de preceptiva literaria y lingüística, en la confección de las mencionadas historias, en las funciones diversas que desempeñó en sus años tucumanos: perteneció a la Sociedad Sarmiento, en la que leyó no pocas conferencias y en la que dio cursos libres; fue director, entre 1904-1907, de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*; fue jurado y mantenedor de los Juegos Florales; trabajó organizando el archivo de la región; participó en la creación de la Universidad de Tucumán; fue concejal por la ciudad de Tucumán entre 1916 y 1918.

El eco de viajes por Europa

Conocemos fragmentariamente la experiencia del escritor por las anécdotas recogidas por su hermano Raúl en *Anecdótico de Ricardo Jaimes Freyre*, publicado en 1953, no porque él mismo hubiera escrito sobre ella. Raúl Jaimes Freyre no es muy concreto con las fechas; muchos de los fragmentos sobre lo que cuenta no están fechados ni expresamente situados. Sin embargo, los relatos sobre su hermano Ricardo en unas y otras ciudades europeas tienen que corresponder a los viajes de 1910 y 1913, y, por supuesto, tienen que estar basados, en gran medida, en lo que contara el propio viajero al hermano. Nos enteramos que Jaimes Freyre, además de las ciudades donde se encuentran los archivos a los que ha ido a trabajar, Sevilla y Simancas, ha estado en Badajoz, en Extremadura, muy cerca de la frontera con Portugal; y lo sabemos a través de un incidente con un carpintero que construyó una caja de sombreros para la esposa del poeta. (1953 45-47) Sabemos también que llega a “la ciudad de Ávila de los Caballeros en la alucinante España”, en Castilla, también a través de una breve anécdota con un sereno, durante un paseo en noche de plenilunio. (47-48) Hay una anécdota sobre la ciudad, también castellana, de Burgos, también durante un paseo nocturno y con un sereno. (49-50) Además está mencionada brevemente Toledo: se nos dibuja al poeta mirando el Tajo y recordando poemas sobre aquel río. (50) El poeta llega a Salamanca y va a visitar a Unamuno, rector de la famosa universidad de aquella ciudad;

visita de la que se arrepiente, pues el vizcaíno se pasa las pocas horas que tiene el viajero para la visita de aquella ciudad leyéndole sus propios trabajos literarios. (101)¹³ Y está Madrid: allí Jaimes Freyre dicta algunas conferencias y lee algunos poemas, y se encuentra con una muchacha comprometida con la causa anti-zarista y sometida por el azar a un dilema moral. (98-99) Hay, por último, sobre España, alguna anécdota que no marca ni sitio específico ni momento, que incluye al poeta y a chiquillos que le piden dinero. (90-91)

Luego encontramos a Jaimes Freyre en París. Carilla establece que el poeta se reencontró con Rubén Darío en las dos ocasiones en que fue a Europa: “Jaimes Freyre había tenido la oportunidad de ver a Rubén Darío —ya un Rubén Darío de salud declinante y crecientes apremios económicos— en los dos viajes que realizó a Europa por encargo del gobierno de la provincia de Tucumán”. (Carilla 1962: 63) Entre las anécdotas sobre París está la de Jaimes Freyre abordando el metro de la gran metrópoli, contagiado del apuro y del febril movimiento de la muchedumbre, quedando con medio cuerpo afuera en las puertas automáticas de la máquina. (*Anecdótico*: 50-51) En París también está narrada una “reunión de media noche (...) de artistas y escritores en un cabaret elegante”; se trata de una breve anécdota con una famosa actriz. (53) Tal vez aquella misma noche, tal vez otra, “se reunieron en un café de París, varios literatos y artistas, para rendir homenaje a Ricardo”. El hermano narra el ingenio y la amenidad derrochados por el poeta en su conversación, haciendo que las horas volaran hacia el amanecer y que Darío dijera: “¡Hemos estado trescientos años escuchando al ruiseñor!”. (80) Luego lo encontramos en Venecia —en visita a los Plomos, la famosa cárcel de donde escapara Casanova—; allí, sabemos que el poeta recoge, ante los ojos azorados de otro, para su “colección de reliquias históricas”, un pedacito de una puerta de madera.

¹³ No es Jaimes Freyre un extraño para Unamuno. A decir de aquél, Unamuno le había escrito dos cartas: el 1ro de noviembre y el 6 de diciembre de 1904. Una de ellas corresponde a su lectura de las *Leyes de versificación castellana*, publicada en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* y que, según él, en su respuesta del 10 de enero de 1905 (Tomo I: 321), sirvió de enlace entre ambos. En su carta sobre las *Leyes de versificación castellana*, Unamuno expresa gran admiración: “Me parece cuanto usted dice del todo exacto y creo que ha planteado usted la versificación castellana en su verdadero gozne”. (RLCS 19, abril de 1905: 26)

(51-52) En aquella misma ciudad, lo encontramos conociendo, en la plaza San Marcos, a una bella italiana, con quien el poeta realiza “un paseo romántico en góndola”. Raúl cita después el poema completo que aquel paseo inspirara: “En la plaza de San Marcos encontré a la Marietina; /junto a un grupo de palomas su silueta, leve y fina, /se trazaba sobre el fondo de la iglesia bizantina”... (108-109) Lo hallamos luego en Florencia, en la aduana, perdiendo un cajón donde embalara todos los objetos artísticos y preciosos que adquiriera durante su viaje. (52) Fuera de Italia, lo encontramos en Londres, acompañado de su hijo Mario, de ocho o diez años, y en un encuentro con una despistada dama boliviana. (53)

El relato romano

Seguramente el paseo por Italia incluyó Roma. Raúl Jaimes Freyre sólo cuenta anécdotas sobre Venecia y Florencia; pero lo más seguro es que su hermano Ricardo visitara Roma. ¿O no?¹⁴ En todo caso, encontramos en “Roma” una posible crónica de su paso por aquella ciudad, esta vez construida con elementos de la ficción. Hay un personaje narrador que conversa con otros mediante un clásico diálogo narrativo:

¡Mi última noche de Roma! Ya sabía que me esperabais, amigos míos, en este pequeño gabinete, lleno de luz y de flores; que los tapones del vino espumoso se esforzaban por saltar, saludando mi llegada; sabía que de tiempo en tiempo os acercabais con impaciencia a las ventanas y recorríais con la vista la plaza luminosa y desierta, donde la Fuente de las Náyades deja oír la fresca risa de los surtidores, frente a las viejas ruinas de las Termas de Diocleciano... Pero me faltaba una emoción; la última y ya la tengo. Ahora soy vuestro. (Tomo I: 69)

¹⁴ Si efectivamente no fue a Roma, entonces “Roma” es un cuento armado por las lecturas sobre aquella ciudad. En este caso, se trataría del cuento de una visita imaginada creado totalmente desde el archivo (“He recordado demasiados versos latinos, versos italianos, elocuciones de plaza pública o de senado; páginas muy nobles, muy sutiles y muy crueles; líneas y colores, fascinación de los ojos y la imaginación” dice el narrador del relato). Así, el viaje sería un viaje de ficción y perdería su hipotético rasgo experiencial. Una vez más estaríamos ante el viaje a través de la lectura.

A la manera de la escritura modernista, en la que percibimos la articulación de la experiencia y el archivo —es decir: la experiencia personal del viaje no puede ir sino acompañada por las lecturas realizadas previamente al viaje—, pero también a contrapelo de ella, el narrador recorre admirado, conmovido, la Roma de las antiguas edificaciones (“Roma infinita, eje del mundo”). A diferencia de Darío en su *Peregrinaciones* (libro publicado una década antes de la visita de Jaimes Freyre a Europa),¹⁵ en el que Roma está tomada por los turistas peregrinos, el narrador de Jaimes Freyre recorre una Roma nocturna (“¡A las dos de la mañana, en el corazón del invierno, a pie desde la orilla derecha del Tíber hasta la Piazza delle Terme!”), ajeno y alejado del bullicio diurno y del desorden urbano, de la multitud (“Ningún transeúnte retardado hacía resonar sus pasos en las calles dormidas”), ofreciéndosele la ciudad a la experiencia que busca dejar lo contemporáneo y sumirse en lo antiguo. Dice el narrador:

—Sabéis que mañana dejo Roma. Quise antes de partir, buscar una emoción muy honda, *una compenetración del alma muerta de la vieja ciudad con mi alma fatigada por las evocaciones*. He recordado demasiados versos latinos, versos italianos, elocuencias de plaza pública o de senado; páginas muy nobles, muy sutiles y muy crueles; líneas y colores, fascinación de los ojos. Me faltaba el verdadero latido de la antigüedad, del medioevo, del *cinquecento* dentro de mi propio ser; me faltaba sentir que mi espíritu (...) se alejaba de mí, por un instante, y venía a reemplazarlo un viejo espíritu, contemporáneo de todas las generaciones. Recordar, evocar, imaginar, no es nada; es preciso renacer. (Tomo I: 69)¹⁶

¹⁵ Pienso en su “Roma”, publicada luego con las crónicas sobre la Exposición Universal de París en 1900 y sobre su recorrido por varias ciudades de Italia (París, 1901), y en el comentario de Graciela Montaldo: “Darío cede tanto al impulso de registrar lo desconocido como al de corroborar lo que ha leído. La visita de diversas ciudades de España, Francia, Italia produce la alteración o corrección mínima de una mirada ya colonizada por las referencias culturales. En Italia, precisamente, está tentado de ver el pasado y le cuesta aceptar la realidad de ciudades sucias (...). Escribir desde Europa confronta a Darío con la experiencia de deconstruir la imagen admirativa, colonizada por el archivo. El aura de la cultura europea comienza a resquebrajarse cuando el pasado convive con las miserias de la vida moderna”. “Cuando visita el Coliseo, nuevamente lo acosa la invasión turística; Darío arremete con referencias culturales para contrarrestar el avance moderno sobre las ruinas. Sin embargo, su crítica se limita a la ironía, pues ya conoce lo irreversible de la era de las multitudes”. (Montaldo 2013: 34-35, 36-37)

¹⁶ El subrayado es mío.

¿Y cómo logra esto? Hundiendo la mano en el Tíber, luego de dirigirse hasta su orilla después de atravesar el puente de Sant'Angelo y bajar por las escaleras de piedra del Castillo de Sant'Angelo: "El Tíber es más viejo que el imperio y que el pasado y su voz es la única que nos queda entre las voces que aclamaban los triunfos, excitaban a los gladiadores o maldecían a los bárbaros de ojos azules y cabellos rojos". (Tomo I: 70) Al tocar el agua del río antiguo abandona la contemporaneidad ("La nueva Roma, la Roma de la Italia nueva, no existía para mí") y entra en contacto con la historia romana a través del monólogo –en una "lengua extraña, gutural y monótona"– del Tíber. La historia y sus protagonistas se le presentan:

Yo estaba en el centro de un inmenso cementerio, donde salían de sus sepulcros, bajo la luz de la luna, para bañar sus huesos en las aguas sagradas del Tíber, los esqueletos de generaciones desaparecidas para siempre; los guerreros primitivos, rústicos y supersticiosos; los viejos sacerdotes que entonaban cánticos místicos de una poesía nebulosa y bárbara, largas teorías de hombres rudos y toscos en cuyas cuencas parecía encenderse un fuego extraño; el pueblo formidable que vislumbró su fuerza, como pudieron las gotas unidas de una ola contra los peñascos de la orilla; los conductores de legiones, los domadores de seres humanos, mitad fieras, mitad dioses, los que inventaron los grandes goces y los grandes suplicios, seguidos por leones y panteras que les lamían las manos. (Tomo I: 70-71)

Nada más lejano al escrito de Jaimes Freyre que anotar la mínima característica de la Roma contemporánea. En ella están los amigos que lo esperan, está el paseo por las antiguas calles y los antiguos edificios. Pero se trata, sobre todo y ante todo, de una ciudad que guarda –en este caso en su río antiguo– la historia del "eje del mundo". El tema del relato es cómo acceder a eso que ella guarda (un poco como hace en "Tres días en Potosí" con la antigua Villa Imperial). Cuando llega al lugar donde lo esperan los amigos, luego de haber vivido esa experiencia de "compenetración con el alma muerta de la ciudad" que le permite ver la prodigiosa procesión de los muertos que constituyen tan magno pasado, puede el narrador "ser contemporáneo de sí mismo otra vez". Ya ha logrado la máxima emoción, sin la cual no hubiera podido partir de Roma.

Tal vez, parte de las razones por las que Jaimes Freyre se vio, en general, tan poco animado a escribir crónica es el interés mediano que le provocaba la contemporaneidad, si pensamos en ella así como la pensaban Martí, Darío, Gómez Carrillo: axial a su escritura. Si asumimos al narrador de “Roma” como una metáfora posible del poeta viajero, tan distante del narrador de los escritos de viaje de aquellos otros modernistas, nos encontramos con un narrador atento al pulso antiguo, a la densidad histórica contenida, al pasado, al posible contacto con los mundos idos que ofrece lo actual. Sería peligroso llevar este argumento demasiado lejos, pues podemos encontrar (en *Notas Varias* del Tomo I, por ejemplo) una clara atención y preocupación por las cosas de su tiempo. Sin embargo, no lo obsesionó atestiguar la velocidad y el cambio de las cosas que rodeaban a las gentes de las metrópolis. En la buena dosis de experiencia personal de viajes, de participación intelectual y política, vemos que no fue ajeno a su tiempo, el tema es *cómo procesó* todo ello y *qué peso le dio* al interior del teatro de su escritura.

Las cuatro crónicas del Brasil

Luego del comentario sobre su juvenil “Tres días en Potosí” y sobre el relato “Roma”, se comentan en este apartado las cuatro crónicas de viaje publicadas con el título general de *Aspectos del Brasil* en la *Revista de Literatura y Ciencias Sociales* entre 1906 y 1907. Las cuatro crónicas refieren claramente a ese par de años (1897-1898) en que vivió como diplomático en Petrópolis. No sabemos a ciencia cierta si estas crónicas fueron enteramente escritas en Brasil, poco después o en los años en que se publican en la *Revista*. Puede ser que Jaimes Freyre tuviera unos borradores y los revisara para esta posterior publicación.

Esta publicación, alrededor de nueve años posterior a los hechos, va a contrapelo de la noción misma de crónica, la que tiene que ver con una experiencia personal escrita y publicada en diarios o revistas poco después de ocurrida –y ocurrida, en gran medida, *para ser escrita*–. Si nos atenemos a esta definición de crónica, las de Jaimes Freyre no son verdaderas crónicas, como lo son, por ejemplo, las escritas por Rubén Darío por encargo de *La Nación*,

periódico que lo envía como corresponsal a la Exposición Universal de París en 1900. Darío visitaba la Exposición, escribía sus impresiones y los datos que recogía de esa visita y enviaba lo escrito a Buenos Aires para que fuera impreso inmediatamente. De ese modo, los lectores de *La Nación* sabían lo antes posible lo que iba ocurriendo en París. Pero si nos atenemos a una noción más general de crónica: el relato de hechos vividos y contados con una perspectiva personal, los escritos de Jaimes Freyre sí son crónica. Aquí, entonces, también marcaríamos la diferencia de Jaimes Freyre respecto de Darío o de Gómez Carrillo. Jaimes Freyre no tuvo apuro en publicar las impresiones de sus viajes como diplomático al interior de Brasil; no tuvo mayor problema de publicar esos escritos varios años después de ocurridos los hechos.

Río de Janeiro

Vi una vez, en un viaje reciente por las mesetas andinas, uno de esos espectáculos que penetran en el espíritu con luminosa intensidad. Tras fatigosa y larga jornada —doce horas a caballo— alcancé la cima de una montaña, en una prodigiosa noche de luna, fría, serena y blanca, en que el viento dormía entre las rocas y la soledad y el silencio parecían llenos de misterios extraños. Por todas partes la aridez y la tristeza. Bajo mis pies, los picos desmesurados y negros, las peñas desnudas, los desfiladeros, el sendero que serpenteaba por los flancos de los cerros. Sobre mí, el inmenso firmamento azul, sin una nube, en el horizonte, la luna, mirándome inmóvil, como un gran ojo yerto.

Y la luna, en el firmamento azul, sin una nube, esparcía su luz pálida sobre la soberbia bahía del Janeiro, cierta noche, serena y blanca, en que las brumas habían buscado asilo en mi espíritu. Y mi espíritu, que se expandía gozoso en la soledad y el silencio de las mesetas andinas, se replegaba sobre sí mismo, receloso y triste, ante la animación y la vida de la gran ciudad fluminense. La comparación, involuntariamente formulada, resultó desastrosa para mi equilibrio moral.

La posición del cronista/narrador en el escrito es la de aquel viajero que llega por barco a la ciudad, describiendo con habilidad y gran síntesis el escenario hermoso y la alegría de los pasajeros al ver aparecer el Pan de Azúcar y —conforme va avanzando el barco— la grandeza del paisaje urbano inserto en impresionante contexto natural. Debe acudir a la poesía del poeta Gonçalves Dias para expresar lo que ve. Luego, se da el cronista caminante, el paseante, aquel que recorre las calles de la ciudad y reconoce sus dos caras: la ebullición del centro y la serenidad de los alejados barrios residenciales. Este caminante ingresa a la calle Ou-

vidor: establece que se trata de una calle que resume la ciudad, una calle de gran actividad en la que las diversas clases sociales, los diversos oficios y actividades se dan cita; donde se encuentran cafés, teatros, tiendas, negocios del más diverso tipo. Un abigarramiento que el cronista sabe contener en párrafos bellamente contruidos. Por último, está el cronista reminiscente, que recuerda en hermoso párrafo una travesía silenciosa y triste por el paisaje andino, bajo una gran luna (traída a la memoria por la gran luna sobre la ciudad de Río).

Este *flashback* le permite al narrador establecer un quiebre entre su ánimo y la algarabía circundante; lo que quiere es alejarse, “huir, por breves instantes, de la fiebre ciudadana”. (Tomo I: 38) Es así que emerge en este tercer cronista/narrador la imagen del viajero abrumado por la ciudad, sediento de soledad. El narrador abre un paréntesis para describir la vista de la ciudad desde la ventana de su alojamiento, un escenario surcado por los tranvías, uno de los cuales marca el destino “Igreja de Copacabana”. Decide tomarlo, en su intento de escape: “resuelto a pasear mis brumas por los campos y las playas solitarias”. (Tomo I: 39) La narración en este punto describe el recorrido del carro tranvía a través de la ciudad y hacia la playa –imitando el lenguaje la velocidad del tranvía y la diversidad de escenarios que atraviesa–. Llega al campo, a la playa de Copacabana. “¡No era, ¡ay! en Copacabana donde debí buscar la soledad en esa maravillosa noche de luna! Había olvidado a San Pedro y su fiesta y a los pescadores”. (Tomo I: 40) Quiere el viajero huir nuevamente, pero la salida del tranvía le es anunciada para una hora después. Entonces, no puede sino observar de cerca la fiesta playera y popular y sus audaces bailes africanos; además del escenario de Copacabana. Decide encaramarse a unas rocas, que “dominan el vasto y desierto océano”, encontrando la soledad deseada, alejándose del bullicio. Así, alejado, el cronista observa el reflejo de la luna en el agua marina, la silueta de los cerros, oye las ramas de los árboles, agitándose, las hojas secas a sus pies, siente el olor del mar, ve la espuma marina. Cierra la narración con la frase “Y era la poesía”. La experiencia plena en el cronista se presenta no en medio de la actividad urbana, humana, sino en un momento de calma y distancia, en la que el cronista puede gozar de la calidez y belleza del escenario narrado en compenetración con la naturaleza.

Sao Paulo

Los barrios coloniales desaparecen rápidamente. Las ventanas a flor del piso, los vastos muros desnudos, los inclinados techos de teja, las grandes puertas claveteadas, serán en breve un recuerdo histórico. Las construcciones modernas se suceden incesantemente, y en los antiguos campos, donde los estudiantes de la universidad famosa organizaban partidas de montería, existen hoy anchas y hermosas avenidas, cerradas por villas pintorescas y elegantes chalets. Sobre los cinco ríos se ha tendido puentes y construido calzadas, que los rieles atraviesan; se ha derribado colinas y allanado barrancos y se ha llevado, en el vientre de la locomotora, vida y alimento a extremos lejanos.

Rehuir a la multitud y escapar de la algarabía no son precisamente gestos que caractericen en general a la crónica modernista. Más bien, ésta trata de imbuirse del movimiento de la urbe, de insertarse en los espacios de las grandes metrópolis, donde bulle la dinámica de la muchedumbre. No en sentido de buscarla precisamente, sino de convivir con ella en actitud alerta y observadora —o, en muchos casos, en actitud de corresponsal—. Otra es la dirección que asume el cronista en Jaimes Freyre. En el caso de su visita a San Paulo, más que la ciudad en sí, lo que le interesa es el campo: las extensas plantaciones de café.

El itinerario del cronista, en este caso, es el traslado del puerto de Río al puerto de San Paulo y a la población de Santos, “pequeña, sudorosa”, ocupada en los afanes del comercio del café. De Santos a San Paulo, por tren. Pone un énfasis notable en el carácter de esta ciudad: “San Paulo empieza a adquirir un sello de cosmopolitismo sorprendente. Todos los países del globo han contribuido a formar esta ciudad modernísima, y hay en ella cuarteles enteros donde sólo se oye hablar lenguas extrañas y sólo se ve rostros exóticos, negros, amarillos, blancos, rojos”. (Tomo I: 45) Se trata de una ciudad que cede su lado colonial a las modernas construcciones; el tendido de los rieles del tren ha significado una intervención agresiva en el terreno. Aquí y allá, datos de la fundación de la ciudad, de su historia, particularmente la historia de su monarquía durante el siglo XIX. Al cronista le llaman la atención las características físicas de la ciudad, no atendiendo tanto —como lo hiciera en la crónica sobre Río— a las de las muchedumbres. Está claro que de las cuatro crónicas, ésta es la que más se acerca a lo que sería una crónica propiamente modernista, en la que el cronista recorre los espacios del desarrollo y cre-

cimiento urbanos, subrayando el cosmopolitismo de la ciudad. Ciudad que recorre admirado, no sólo por los adelantos en modernización del transporte y las construcciones, sino en la construcción de grandes espacios para las instituciones educativas, de esparcimiento colectivo, el cuidado de los enfermos, los servicios a la población. Y si no menciona a la población contemporánea a su paseo, sí menciona a “los hijos ilustres” de la ciudad: “historiadores de mérito, jurisconsultos y naturalistas distinguidos y poetas célebres”. (Tomo I: 47)

Al final de esta primera parte, se revelará el cronista experimentado en temas de viaje, restringiendo el territorio de sus itinerarios a la América del Sur:

Y resolví visitar esas plantaciones inmensas de café, que han hecho la riqueza del estado de Sao Paulo y han levantado su capital al alto nivel en que hoy se encuentra. *Quise unir su recuerdo al de los océanos de trigo, al de los bosques interminables de caña, al de las gigantescas y espesas selvas de goma, que fatigaron mis ojos en mis viajes eternos por la América del Sur.* (Ibid.)¹⁷

Nótese que sus viajes no están configurados por las urbes que él conociera y visitara (Buenos Aires, Lima, ...), sino por las extensiones agrícolas y de explotación de recursos. No se conoce de Jaimes Freyre escritos sobre sus años en Buenos Aires ni sobre sus visitas a Santiago o Lima.

La visita al más grande cafetal brasileño extrae de Jaimes Freyre páginas realmente prodigiosas: sobre todo en cuanto hace su relato de una *queimada*, el incendio provocado para limpiar la selva y permitir el crecimiento del cultivo. Nuevamente el cronista se embarca y relata el largo viaje en tren hacia la zona del cafetal. La llegada es descrita a través del color rojo del café, del que está teñido todo:

El polvo, finísimo, teñía todo de un tinte escarlata; los rostros, las manos y las ropas de los viajeros, las butacas, los pisos y los techos de los vagones. Y cuando más avanzaba el tren, más espeso tornábase el tinte, y eran rojas las chozas y las casas del trayecto, y rojos los ganados y los alambres de las cercas y las hojas de

¹⁷ El subrayado es mío.

los árboles y los flancos de las colinas y veía huir por los campos jinetes fantásticos y sombríos *trolleys*, como grandes manchas sangrientas. (Tomo I: 48)

Está claro que al poeta lo inspira más la experiencia externa a las ciudades que la propiamente urbana. Su pluma se infla y emociona y nos encontramos con páginas notables de prosa modernista.

Con el párrafo antes citado entramos a una zona casi fantástica, marcada no sólo por el lenguaje distinto que usa el cronista, sino por las imágenes que utiliza (la del rojo que lo baña todo, por ejemplo). No sólo se le aparecen a los ojos “jinetes fantásticos”, sino que de pronto le parece entrar a un escenario del Far West. Y cuando va a narrar el espectáculo de la *queimada* dice: “Se me había ofrecido (...) el espectáculo del incendio de una selva virgen, uno de los más prodigiosos que sea posible contemplar”. (*Ibid.*) Claramente, la admirada descripción de la ciudad cosmopolita ha cedido al prodigio del espectáculo rural:

El fuego se levantó al mismo tiempo por los cuatro extremos de la selva; devoró rápidamente los hacinamientos de leños secos, corrió restallando por el enorme cuadrilátero y en breve la floresta quedó rodeada de llamas. Fue una ancha franja de oro en una inmensa túnica verde. Después las lenguas rojas saltaron de las piras y cayeron sobre los troncos, envolviéndolos; desgarraron los velos de las lianas; subieron por los cuerpos erguidos de las palmeras, para encender sus plumajes; tendieron puentes de fuego entre los árboles y cubrieron la selva con un gigantesco palio negro. El sol, en el cénit, era un globo de sangre. Ardía la atmósfera y un gran telón rojo cerraba el horizonte. (Tomo I: 49)

Este párrafo detiene al cronista sobre la aterradora y fascinante escena del incendio. Luego de varios párrafos altamente poéticos que buscan describir dicha escena, el cronista se torna en relator de las bondades y la dimensión gigantesca de la producción del café. Pasa a describir las relaciones laborales del dueño cafetalero y los colonos, así como el proceso del fruto cosechado hacia su exportación.

Cierra la crónica con un “¡Bienaventurado el buen fraile que, siglo y medio ha, trajo desde las Antillas francesas la primera planta de café!” (Tomo I: 52) y una infaltable referencia erudita en torno a las delicias del “amable licor”.

La Isla de las Serpientes y Petrópolis

¡Ay! Los lirios fueron desterrados por los que quieren que las calzadas sean calzadas y no jardines, y los hilos del telégrafo han obligado a las palmeras a doblar la cabeza, y los focos de luz eléctrica han hecho a las luciérnagas una competencia desastrosa, y el Palacio de Cristal ha perdido sus grandes árboles y hoy tiene lánguidos parques ingleses, en torno de los cuales pasan rápidos como relámpagos los feos avechuchos de las bicicletas.

El interés del cronista por el destino del poeta luso-brasileño Dirceu (Tomás Antonio Gonzaga: “El oidor [...] Gonzaga era el poeta Dirceu”) lo lleva a visitar la Isla de las Serpientes (Ilha das Cobras), donde Dirceu —“conspirador y enamorado”— padeció la cárcel. Hay una descripción de la isla, situada en la bahía de Río de Janeiro, que recupera algunas anécdotas de su historia colonial y decimonónica. Relata el cronista que se encierra en la que pudo haber sido la prisión del poeta, apoyándose “en el muro en que tal vez escribió Dirceu versos desesperados”; (Tomo I: 54) luego pasa a narrar el motivo del encarcelamiento: “una conspiración tramada para arrebatar a la corona de Portugal la tierra brasilera”, y posterior “confinamiento perpetuo en el reino de Angola, conmutada más tarde por diez años de destierro en Mozambique y pena de muerte si volviese a América”. (Tomo I: 55) La materia biográfica se mezcla, en la crónica, con el comentario literario. De pronto nos encontramos con que la crónica y el cronista han derivado, por algunos párrafos, al tema literario y a la figura del literato. Lo cual no es extraño en la crónica modernista, cuyos autores muy naturalmente insertan temas literarios en su elaboración. En esto, Jaimes Freyre adopta ese carácter de escritor, literato y lector que adoptaron los modernistas al escribir crónica, llevando el género a otro registro, enriqueciéndolo enormemente. Piénsese en los escritos de Martí, enviados desde Nueva York a periódicos y revistas de la América Latina: por ejemplo, la notable crónica sobre Walt Whitman; en las muchas crónicas que escribió Gutiérrez Nájera sobre el teatro en París y sobre sus visitas a lo más central de las letras francesas de la época; en “Edgar Allan Poe” de Darío.

Finaliza la primera parte de esta crónica e inicia inmediatamente una segunda, sobre Petrópolis. Nuevamente —en un gesto que ya es formato en la crónica del Jaimes Freyre— se embarca y narra desde el movimiento del barco en que retorna a Río, para

tomar luego el tren hacia la cercana ciudad de Petrópolis. Le llama la atención la gente que ocupa el tren con él: comerciantes, bolsistas, industriales, diplomáticos (como él: Petrópolis es el asiento de las legaciones diplomáticas), profesoras... El cronista narra esta vez la particularidad de los viajes y de los viajeros, tanto del barco que lo lleva a Río como del tren que lo lleva a Petrópolis. Su ojo atento no deja que se le escape detalle. El recorrido del tren constituye, además, “una de las más hermosas excursiones que pueda hacerse”. Imaginando el tren como una serpiente, relata: “Sube, sube incesantemente el convoy; las ruedas penetran en los rieles dentados, en apretado engranaje; las locomotoras rugen y ladean; a momentos, la larga serpiente separa sus anillos, y mientras, a una altura inmensa, una parte del tren domina la montaña, la faldea otra, fatigada y rechinante” . (Tomo I: 59) El escenario brasileño, sobre todo el externo a las ciudades, despierta en el poeta cronista gran admiración: “Azul el cielo y diáfano, sirve de fondo al paisaje; en un recodo del camino se abren de pronto las montañas (...) bajo los pies, la fronda verde y espesa, los picos salientes de los cerros, tapizados de vegetación: una llanura irregular; el abismo, y a lo lejos, el ancho azul ondulante del mar”. (Tomo I: 60)

Llega el tren a Petrópolis: “una de las ciudades más lindas y más poéticas del mundo”. Exalta su particular orografía, la arquitectura, la vegetación, las flores, se trata de una hermosa ciudad, “encerrada entre montañas”, que ha comenzado a “ganar las cimas”: “las construcciones se agolpan unas sobre otras, en alegre confusión”. (*Ibid.*) Admirable le resulta la hermosa mezcla entre vegetación prodigiosa y arquitectura en dispersión, extendiéndose por las colinas. De esta admirada descripción el cronista pasa a dar un detallado relato sobre la historia de la ciudad, haciendo énfasis en la presencia masiva de alemanes en la región y en la ciudad —“se agrupan aún los buenos teutones y constituyen la parte más activa y laboriosa de la población petropolitana” (Tomo I: 61)—. El último monarca propició la llegada de inmigrantes alemanes y diseñó la ciudad a su gusto. Y es de notar la nostalgia con la que se refiere a la presencia de él y su esposa, residentes en el Palacio de Cristal en la ciudad: “Petrópolis pertenece a la familia imperial”.

En ninguna parte del Brasil, acaso, como en Petrópolis consérvese vivo el recuerdo del último soberano; bien es verdad que necesitaríase memoria frágil con exceso para olvidarlo cuando no ha transcurrido aún una decena de año desde su caída. ¿Quién no ha visto cien veces al sabio monarca, con su luenga barba blanca, pasear a pie por las calles de la ciudad, saludando afable y democráticamente a todo el mundo? ¿Y a la imperial princesa, a la sombra de los grandes árboles del *Palacio de Cristal*, en aquellas magníficas noches de luna...? (*Ibid.*)

En esta crónica –como consta en el epígrafe– y en el contexto del homenaje a la belleza de la ciudad y del nostálgico recuerdo del paso de los monarcas por ella, Jaimes Freyre hace un alegato explícito contra la modernización.

Minas

Arma el cronista a su héroe de un antiguo pergamino que contiene el derrotero de un yacimiento de oro. Fue un viejo portugués quien lo entregó al morir a un jesuita y fue el jesuita quien lo puso en las manos de Felisberto. Con él llegó el caballero, que viajaba como los patriarcas bíblicos, seguido de la tribu numerosa de sus deudos y de sus servidores, a las amplias planicies que riega la corriente que se llamó más tarde Arroyo Rico. Y plantó su tienda en ese magnífico pedazo del mundo, exuberante de vegetación y de luz, protegido por un lado por la muralla ciclópea de la sierra y abierto por otro en la más risueña perspectiva de campos ondulados. Y mientras los esclavos organizaban el campamento, los señores escudriñaban los manantiales y los hilos de agua, resplandecientes a los rayos del sol.

Es la última de las crónicas publicadas en la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, en abril de 1907. Se trata de un escrito muy distinto de los demás: es más bien la reminiscencia de un personaje de la colonia brasileña, Felisberto Caldeira, a partir de un libro de Rodrigo Octavio. Es decir que, a diferencia de las otras tres crónicas, en las que en gran parte se arma el itinerario del cronista por diversas ciudades y regiones rurales del Brasil, conformando a partir de ello la narración, ésta se arma en torno a una lectura. En la crónica sobre la Isla de las Serpientes, Jaimes Freyre destina, sí, varios párrafos a la figura de Dirceu y a su poesía. Pero este tratamiento literario se halla entrelazado a la narración de la visita a la Isla y luego da lugar a una elaboración sobre Petrópolis. “Minas” es en buena medida *el recorrido de una lectura*: la del escrito de Rodrigo Octavio sobre la explotación de oro y diamantes en

la colonia portuguesa del Brasil y sobre la figura, en ese contexto, de Felisberto Caldeira: “el poderoso aventurero, descendiente de los marqueses del Santo Imperio, que después de explotar los yacimientos auríferos de las lejanías de Goyaz, se hizo contratista de los diamantes de su majestad el rey don Juan V, primer *Fidelísimo* soberano de Portugal”. (Tomo I: 65) El recorrido aquí, pues, se da por la escritura de otro cronista, el que describe con gran erudición la organización de la explotación del oro en la colonia de parte de la corona portuguesa.

Un brochazo, simplemente, del paso del cronista actual sobre la Minas contemporánea:

Así he evocado muchas veces al homérica, cuando en mis largos viajes por las sierras y los campos de Minas, el penacho negro de la locomotora manchaba la línea azul de las montañas que atravesaron los buscadores de oro, y cuando llevaba mis pasos por las calles silenciosas de la ciudad a cuya grandeza contribuyó el genio aventurero de Felisberto Caldeira. (Tomo I: 67)

Fuera de esto, el comentario es histórico, a través del escrito de otro. Es una ciudad visitada, si se quiere, a través de la escritura sobre esa ciudad. Y el escrito de Rodrigo Octavio entusiasma a Jaimes Freyre por muchas razones, siendo una de ellas su admiración por la aventurera era de los hombres dedicados a la explotación del oro y los diamantes:

No podía dejar de seducir a un espíritu de poeta ese manantial copioso y apenas explorado de los tiempos heroicos; las expediciones lejanas y aventureras; la incesante lucha con la naturaleza bravía y con los hombres indomables; la gloria o la fortuna como objeto, la fe y la audacia como medios; ese cuadro extraordinario que trazaron la fuerza y la energía sobre un fondo prodigioso de selvas y de montañas, surcadas por ríos de incalculable riqueza rodando sobre tesoros ignorados. (Tomo I: 66)

El cronista opta por retroceder a la historia colonial y no elaborar, sino rápidamente, sobre la ciudad actual. Está claro que, como sucede en las otras crónicas, la era colonial y la decimonónica son constantemente referidas como eras gloriosas, nostálgicamente rememoradas.

Salida

Está visto que no hubo una sola forma de ser modernista. A diferencia de Wiethüchter, que contrasta a Jaimes Freyre con Darío –cometiendo, creo yo, una que otra injusticia con este mago de las letras–, el contraste más significativo para los fines de este ensayo sería el de Jaimes Freyre con Gómez Carrillo. No sólo se instaló el guatemalteco en el centro de París para convertirse en uno de los latinoamericanos mejor conectados con el mundo de las letras y la cultura parisina de la época (basta con leer sus crónicas sobre Verlaine y sobre Moreas para entender qué extremo alcanzaba esta conexión), sino que viajaba con gran frecuencia, escribiendo profusamente sobre sus experiencias. Fue el cronista por excelencia: aquel que llevaba la novedad, la frescura de lo inmediato, el chisme más reciente a la escritura. No medía la distancia entre un importante nivel de erudición en muchos temas y la banalidad de otros, constituyendo todo ello un magma delicioso en la elegancia de su prosa. Jaimes Freyre (partiendo de la lectura de Wiethüchter) ocupa un lugar opuesto en la forma de generar experiencia y en la manera en que encara la escritura. Frente al cosmopolitismo y el afrancesamiento de Gómez Carrillo, a su atención obsesiva por lo nuevo y lo más chic –en tanto todo debía ser registrado rápidamente y enviado inmediatamente a alguna revista o periódico–, y a su exceso en la escritura, Jaimes Freyre prefiere la provincia y la densidad máxima de una escritura sin apuros.

Así, el boliviano dejó inédito, en verdad, lo poco de crónica que escribió. Las cuatro crónicas brasileñas –seguramente quedaron como borrador o idea una quinta y una sexta, que conformarían el libro nunca publicado– no alcanzaron otro destino que el de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Lo mismo que la crónica potosina y el cuento romano: se quedaron en la revista y en el periódico en que fueron primero publicados. Por otro lado, Jaimes Freyre no vio la importancia de escribir sobre el Buenos Aires o el Washington DC donde vivió, o sobre la Venecia y el París que visitó. No sufrió el frenesí de la anotación apurada del detalle y la rapidez de lo que ocurre, de lo novedoso. Obviamente lo suyo era

primordialmente la poesía y la escritura intelectual, académica. Se tomó su tiempo, además, cuando se trató de publicar aquello poco que había escrito sobre viaje. En el caso de las crónicas brasileñas, finalmente terminó lo que había empezado a redactar varios años antes en Petrópolis y lo publicó en la *Revista*. Y el cuento romano, si realmente responde a una experiencia del paseo por la noche italiana, fue también publicado muchos años después de realizado el viaje.

Así, las cuatro crónicas brasileñas van más allá de lo que la crítica ha establecido como lo central en la escritura de Jaimes Freyre (la poesía, sus cuentos, la preceptiva literaria) y nos ponen en contacto con una versión muy particular de la crónica y del cronista. No las estructura a partir de la noción más usual de la escritura al vuelo, por requerimiento de algún diario o revista, más bien, son asumidas como *literatura*, en el sentido más tradicional de la palabra. Las imágenes que utiliza en algunos pasajes de sus crónicas brasileñas se igualan en belleza a las que armó Martí en sus crónicas sobre Nueva York, pero se diferencian en que no fueron armadas para un lector cercano, identificable, inmediato. Como la literatura en general, fueron más bien armadas en el lenguaje que haría posible expresar de manera poética (por un lado) y erudita (por otro) experiencias de viaje altamente significativas. Como para el poeta la urgencia de la novedad no existía, entonces la escritura no se apuraba. A diferencia de otros modernistas, que sí vivían de lo que extraían de la experiencia en el seno de la contemporaneidad, escribiendo para ser leídos muy pronto por un público inmenso, Jaimes Freyre guardaba apuntes, borradores, y luego se demoraba en terminarlos.

Entonces, lo poco que hemos propuesto como crónica en su obra proyecta más bien al poeta, al observador pausado, al escritor poco apurado. Frente a los escritos de Darío sobre el Brasil —procesados desde el pedestal del ilustre poeta, escritor y hombre de mundo—¹⁸ vemos que Jaimes Freyre no construye un narrador cronista en tanto conocido escritor, importante hombre de letras, intelectual involucrado en urgentes asuntos de política continen-

¹⁸ Ver el excelente artículo “Rubén DaRío. Una obnubilacao brasílica”, de Juan Manuel Fernández (2012).

tal, no. Siendo diplomático, hubiera podido acercarse a ese modelo de narrador en tanto hombre público. Pero no. En las antípodas de Darío, Jaimes Freyre construye un *chroniqueur* paseante íntimo, solitario, ajeno a las multitudes y a los círculos intelectuales. La experiencia registrada es una experiencia personal, una mirada estética e intelectual interior.

Bibliografía

Antelo, Raúl

- 2001 “Materia dura. Tierra roja”, *Transgressão & Modernidade*. Ponta Grossa: Editora UEPG. Trad. Juan Manuel Fernández.

Bibbó, Federico

- 2012 “El Ateneo (1892-1902). Sincronías y afinidades”, *Prismas*, vol. 16, N° 2 / diciembre [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-04992012000200009].

Carilla, Emilio

- 1957 “Jaimes Freyre en Tucumán”, *Universidad de México (UNAM)*, vol. XII, N° 4.
 1961 *Jaimes Freyre, cuentista y novelista*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
 1962 *Ricardo Jaimes Freyre*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, Dirección General de Cultura, Ministerio de Educación y Justicia.

Carter, Boyd G. (Estudio y notas)

- 1967 *La “Revista de América” de Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre*. Edición facsimilar. Publicaciones del Centenario de Rubén Darío. Managua: Comisión Nacional para la Celebración del Centenario del Nacimiento de Rubén Darío/Instituto Nacional de Seguridad Social.

Darío, Rubén

- 1901 *Peregrinaciones*. París: Librería de la Vda. de Ch. Bouret. Copia online.
- 2013 *Viajes de un cosmopolita extremo*. Selecc. y pról. Graciela Montaldo. Buenos Aires: FCE.

Fernández, Juan Manuel

- 2012 “Rubén DaRío. Una obnubilização brasílica”, *Caracol. Revista do Programa de Pós-Graduação da Área de Língua Espanhola e Literaturas Espanhola e Hispano-Americana* (FFCLH-USP), N° 3. [<http://www.revistas.usp.br/caracol/article/download/57684/60739>].

Gómez Carrillo, Enrique

- 1912 *De Marsella a Tokio. Sensaciones de Egipto, la China, la India y el Japón*. París: Garnier Hermanos.
- s/f *La vida parisiense*. Biblioteca Ayacucho online. [http://www.bibliotecayacucho.gob.ve/fba/index.php?id=97&backPID=103&begin_at=152&tt_products=258].

Hajjaj, Karima

- 1994 “Crónica y viaje en el modernismo: Enrique Gómez Carrillo y *El encanto de Buenos Aires*”, *Anales de Literatura Hispanoamericana* 23. Madrid: Editorial Complutense. [http://biblio3.url.edu.gt/Libros/Cronica_y_viaje_en_el_Modernismo.pdf].

Hill, Raúl Rolando

- 2010 “Poeta, humorista e historiador”. [<https://mbasic.facebook.com/notes/revista-yerba-buena/revista-nº-44-generación-del-centenario-ricardo-jaimes-freyre/178324938863408/>].

Jaimes Freyre, Ricardo

- 1889 “Tres días en Potosí”, *El Álbum. Publicación semanal de modas y costumbres*, N° 12, Sucre / julio.
- 1906 “Aspectos del Brasil. Río de Janeiro”, *Revista de Letras y Ciencias Sociales (RLCS)*, Tucumán. Año III, Tomo V, Núm. 27. Diciembre 1906.
- 1906 Aspectos del Brasil. San Paulo”, *Revista de Letras y Ciencias Sociales (RLCS)*. Año III, Tomo V, N° 28.
- 1907 “Aspectos del Brasil. La Isla de las Serpientes, Dirceu [Petrópolis]”, *Revista de Letras y Ciencias Sociales (RLCS)*. Año III, Tomo V, N° 30 / marzo.
- 1907 “Aspectos del Brasil. Minas”, *Revista de Letras y Ciencias Sociales (RLCS)*. Año III, Tomo V, N° 30 / marzo.
- 1922 “Roma”, *La Gaceta*, domingo 19/03.

Jaimes Freyre, Raúl

- 1953 *Anecdótico de Ricardo Jaimes Freyre*. Colección de la Cultura Boliviana. Colección Tercera: Los Escritores Modernos N° 1. Potosí: Editorial Potosí/Sociedad Geográfica y de Historia/Casa de la Moneda.

Montaldo, Graciela

- 2013 “Guía Rubén Darío”, *Viajes de un cosmopolita extremo*. Buenos Aires: FCE.

Páez de la Torre, Carlos

- 2013 “El gran poeta que vivió en Tucumán”, *La Gaceta*, 7/07. [<http://www.lagaceta.com.ar/nota/551495/sociedad/gran-poeta-vivio-tucuman.html>].

Souza, Mauricio

- 2003 *Lugares comunes del modernismo. Aproximaciones a Ricardo Jaimes Freyre*. La Paz: Plural editores.

Souza, Mauricio (ed.)

- 2005 *Ricardo Jaimes Freyre. Obra poética y narrativa*. La Paz: Plural editores.

Valdez, María Lastenia

- s/f “Unamuno y la Argentina. La Revista de Letras y Ciencias Sociales de Tucumán y el diálogo finisecular”, *Actas XIII Congreso AIH* (Tomo 2). [http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih_13_2_055.pdf].

Wiethüchter, Blanca, A. M. Paz Soldán *et al.*

- 2002 *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*. Tomos I y II. La Paz: PIEB.

